

REFLEXIONES SOBRE LA COMPOSICIÓN NOMINAL A PROPÓSITO DEL *CRÁTIL* DE PLATÓN

JUAN MANUEL PÉREZ VIGARAY
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

La historia de la investigación sobre *palabras compuestas* corre paralela a la historia de la gramática y, en mayor medida, a la historia de la propia especulación sobre el lenguaje. Y es que tras la posibilidad de crear nombres nuevos a partir de otros ya existentes late un cierto carácter mágico, una suerte de alquimia lingüística, consustancial al hecho mismo de nombrar. Evidentemente, de la misma manera que sucede con las palabras simples, toda la creación léxica de las lenguas no responde más que a las necesidades designativas de la cultura que la sustenta, con independencia de la variedad de los mecanismos semánticos subyacentes a cada creación individual. En este sentido, el estudio exhaustivo del dominio de la formación de palabras de una lengua resulta imprescindible para la completa descripción de la misma. Y esto, como veremos, desde dos aspectos fundamentales, por una parte, pone de manifiesto la relación entre los fenómenos gramaticales y léxicos, ya que la formación de palabras representa una especial ‘gramaticalización’ del léxico; por otra parte, este estudio supone, además, una contribución cuantitativa inestimable para el análisis

lexicológico, pues reduce muy considerablemente el número de unidades léxicas que han de ser tenidas en cuenta por la lexicología. Como sabemos, uno de los obstáculos más significativos con los que hubo de tropezarse y aun hoy tropieza esta disciplina lingüística es la enorme y cambiante cantidad de formas de contenido léxicas que contiene cada lengua, por ello cualquier intento de reducir cuantitativamente el objeto de estudio de la lexemática será siempre un paso adelante para la teoría lingüística en general, y para la gramática de una lengua concreta, en particular.

Un ejemplo paradigmático de la magnitud y la importancia del fenómeno compositivo para la descripción de las lenguas lo constituyen los nombres compuestos del griego antiguo. En este sentido, la épica griega arcaica contiene un *corpus* de palabras compuestas de una sutileza y belleza que nada tienen que envidiar a los relieves de Fidias, las curvas de Praxíteles o los versos de Homero¹.

Lo mismo puede decirse de las fantásticas etimologías platónicas, puestas en boca de Sócrates en el *Crátilo*. Así, Platón, en su intento de indagar la exactitud de los nombres, recurrirá al propio Homero, en donde encuentra el *corpus* y el camino adecuado para tal indagación:

SÓCRATES.— Pues si tampoco esto te satisface, habrá que aprenderlo de Homero y los demás poetas.

HERMÓGENES.— ¿Y qué dice Homero sobre los nombres, Sócrates, y dónde?

SÓCRATES.— En muchos pasajes. Los más grandiosos y bellos son aquellos en los que distingue los nombres que dan a los mismos objetos los hombres y los dioses. ¿Es que no crees que dice algo magnífico y maravilloso en estos pasajes sobre la exactitud de los nombres? Pues desde luego es evidente que los dioses, al menos, aplican con exactitud los nombres que son por naturaleza. ¿O no lo crees tú así?²

Nuestra intención con estas pocas páginas no será, lógicamente, la de estudiar los aspectos 'lingüísticos' incluidos de forma más o menos explícita en este *Diálogo* de Platón, tampoco será siquiera la

de documentarlos, tales empresas ya han sido llevadas a cabo en numerosos trabajos³. Por otra parte, la preocupación del filósofo griego por el lenguaje no puede reducirse únicamente al *Crátilo*, muy al contrario, Platón muestra en toda su obra esta inquietud, en palabras de J. L. Calvo: «El *Crátilo* no es el único diálogo platónico que trata el problema del lenguaje, pero sí es el único que trata el lenguaje como problema»⁴. No obstante, llegados a este punto, es necesario hacer ciertas precisiones, ya que no se puede afirmar que el fin último de este diálogo sea el lenguaje en sí y por sí mismo, es decir, la descripción y el análisis de la estructura y el funcionamiento de las lenguas naturales. Más bien, habría que decir que el lenguaje está considerado en tanto que vía de conocimiento. Así, el objetivo último perseguido por Platón en este diálogo radica en indagar sobre la validez del lenguaje como medio para acceder al conocimiento. El problema no es, por lo tanto, lingüístico en sentido estricto, sino epistemológico, es decir, ¿es el lenguaje un procedimiento seguro y fiable para conocer la realidad? Pues bien, aun cuando el diálogo se corta de forma abrupta quedando en cierto modo abierto, la conclusión de Platón queda bien clara: «el lenguaje es un camino inseguro y engañoso para acceder al conocimiento de la realidad»⁵.

Este debate se plantea, por lo demás, en los términos del enfrentamiento entre naturalistas y convencionalistas, en torno a lo que, desde Saussure, se ha generalizado como el problema de la arbitrariedad del signo lingüístico. Los naturalistas, representados por Crátilo, sostienen que los nombres son exactos por naturaleza; los convencionalistas, representados por Hermógenes, consideran que la exactitud de los nombres no es otra cosa que pacto y consenso, convención y hábito.

En cualquier caso, si bien es verdad que, como acabamos de afirmar, el objetivo último del *Crátilo* no consiste en llevar a cabo una reflexión sobre el lenguaje en y por sí mismo, no es menos verdad que a lo largo de todo el texto y, en especial, en el extenso apartado dedicado a las etimologías, podemos encontrar importantes reflexiones de tipo lingüístico y gramatical.

Este hecho ha llevado a algunos investigadores a considerar este apartado etimológico como el verdadero objetivo del diálogo, valorando y elogiando la modernidad de alguna de estas ideas lingüísticas, como por ejemplo la evolución fonética o los préstamos lingüísticos⁶. En nuestra opinión, a estas ideas hay que añadir la que trataremos en este artículo, y que tiene que ver con los problemas de la formación de palabras. No obstante, otros comentaristas se muestran reacios a aceptar la importancia de este aspecto en el *Crátilo*, llegando incluso a negarlo explícitamente:

En realidad, lingüísticamente hablando, esta sección no tiene valor alguno. La mayoría de las etimologías son disparatadas, como Hermógenes y el mismo Sócrates se encargan de decirnos más o menos claramente. Solamente un puñado son correctas y, aun éstas, son simples aproximaciones de unas palabras con otras de su misma raíz⁷.

En nuestro caso, no entraremos a discutir esta cuestión, pues no es la validez de las etimologías platónicas lo que nos interesa, sino el modo en el que son tratadas y las ideas gramaticales aplicadas en dicho tratamiento. De hecho, estamos de acuerdo con la amplia mayoría de investigadores que consideran el aspecto epistemológico como el tema central del diálogo, aunque esto no tiene por qué empequeñecer, a nuestro juicio, la validez de los planteamientos gramaticales, como intentaremos demostrar.

Así pues, pensamos que el carácter epistemológico de la reflexión platónica sobre el lenguaje no debe restar importancia a sus consideraciones lingüísticas, alguna de las cuales, como veremos, mantienen hoy día una actualidad y vigencia absolutas.

En este sentido, nuestra intención será analizar una de estas cuestiones que, como hemos dicho, está directamente relacionada con el estudio de la formación de palabras. Esta cuestión lingüística sobre la que nos vamos a centrar ha estado siempre presente en todos los trabajos sobre la composición nominal, y aun hoy sigue absolutamente vigente, sirviendo, además, como frontera para marcar las

diferencias entre los distintos investigadores y como hilo conductor y punto de partida para cualquier estudio que aborde la formación de palabras.

Como veremos inmediatamente, nos referimos al criterio fundamental que hay que tener en cuenta a la hora de intentar definir el concepto de *nombre compuesto* y que trata de separar aquello que pertenece a la sintaxis libre de una lengua, de lo que forma parte del dominio léxico de la misma. Empleando una terminología lingüística actual, se trata de plantear la distinción entre *sintagma* y *compuesto nominal*. Pero dejemos que sea el propio Sócrates quien plantee la cuestión:

SÓCRATES.— Fíjate lo que te digo: esto es lo primero que hay que reflexionar sobre los nombres, el que muchas veces añadimos letras, otras las suprimimos —por dar nombre a partir de lo que queremos— y también cambiamos los acentos. Por ejemplo, *Diú philos* (protegido de Zeus): para que, en vez de locución (*rhêma*), se nos convierta en nombre le quitamos una *i* y pronunciamos como grave, en vez de aguda, la sílaba central. En otros nombres, por el contrario, introducimos letras y pronunciamos como agudas las sílabas graves. (...) Pues bien, entre los nombres que experimentan esto, uno es, precisamente, el de *ánthropos*, según me parece. Pues de locución se ha convertido en nombre con suprimir una sola letra, la *a*, y convertir en grave la última⁸.

Como venimos diciendo, y trataremos de demostrar, un análisis en profundidad de este párrafo pondrá de manifiesto la modernidad y vigencia de las afirmaciones que contiene. En este sentido, no es difícil encontrar en la bibliografía sobre la composición nominal, tanto en la tradicional como en la más reciente, afirmaciones prácticamente idénticas a ésta de Platón. Así, por ejemplo, Julio Casares, el gran maestro de la lexicografía moderna en nuestro país, nos dice a propósito de esta cuestión y sobre ejemplos del tipo de *hidalgo*, *pundonor*, *agridulce*, etc.,

Que siempre hubo y ha de haber un período fluctuante, una etapa de transición desde que se inicia el acercamiento mutuo de dos o más vocablos

hasta que se unen con un vínculo indestructible, sacrificando alguno de ellos, y a veces ambos, su figura individual⁹.

Llegados a este punto, pasamos a destacar los dos aspectos fundamentales, a nuestro juicio, en la reflexión de Platón sobre la formación de nombres compuestos:

El primero de ellos hace referencia a la necesidad de distinguir aquellos fenómenos que pertenecen a la sintaxis libre de la lengua (*Diíphilos*), de los que forman parte del léxico (*Díphilos*); es decir, distinguir entre locuciones y nombres. Hay que tener en cuenta que *rhêma*, en Platón, significa tanto 'verbo' como 'locución' o 'sintagma', ya se trate de sintagma nominal (*Diíphilos* > *Díphilos*) o predicativo (*anathron hà òpope* > *ànthropos*).

En segundo lugar, el otro aspecto tiene que ver con la necesidad de tener en cuenta los aspectos significantes en el estudio de la formación de palabras, ya que constituyen una marca formal, y en ocasiones la única, que da cuenta del paso de locución a nombre. Se trata, insistimos, de la cuestión fundamental en el estudio de la composición nominal, cuestión, que, como hemos dicho, ha estado presente desde el inicio mismo de la especulación lingüística sobre la formación de los nombres. Sirva como un ejemplo más, una afirmación idéntica a la extraída del *Crátilo*, y planteada por algunos de los más importantes comparativistas de nuestro siglo como A. Meillet y J. Vendryes o C. D. Buck, este último, al igual que hacía Platón considera que:

Los compuestos se marcan como tales por ciertas particularidades formales, como son un solo acento, varios cambios fonéticos y, especialmente, la aparición de nombres radicales en el primer miembro¹⁰.

Recordemos ahora las palabras de Sócrates citadas anteriormente: «esto es lo primero que hay que reflexionar sobre los nombres, el que muchas veces añadimos letras, otras las suprimimos (...) y también cambiamos los acentos».

Como podemos comprobar, ambos planteamientos resultan muy semejantes y, es más, como veremos seguidamente, éste ha sido

el criterio que ha regido los estudios tradicionales sobre composición nominal prácticamente hasta las últimas décadas de nuestro siglo en que los distintos estructuralismos lingüísticos y las diversas revisiones de la gramática generativa han traído nuevos aires a los estudios sobre la creación léxica.

Una vez explicitados los dos aspectos más importantes del planteamiento platónico en torno a la formación de los nombres compuestos (i. e., la necesidad de tener en cuenta los aspectos significantes y la distinción entre sintaxis y léxico), pasamos a poner de manifiesto cuál es la situación actual en la investigación sobre composición nominal con respecto a estos dos puntos expuestos en el *Crátilo*.

En este sentido, el desarrollo de la investigación ha derivado en tres posibles soluciones, que determinan las tres líneas de investigación más importantes en el terreno de la formación de palabras en general, y de la composición nominal en particular, y que, en cierto modo, aparecen por primera vez de forma explícita en este diálogo de Platón. A continuación veremos cada una de forma independiente.

a) La primera de ellas, que podemos denominar tradicional, sigue literalmente el planteamiento platónico, distinguiendo, por lo tanto, entre locución y nombre compuesto. Tal distinción se lleva a cabo prácticamente en los mismos términos en los que lo hizo el filósofo griego. Para estos autores las locuciones son formaciones construidas sobre la base de las reglas de la sintaxis libre, en español se trataría de expresiones como *tela de araña*, *mesa de noche*, *avión a reacción*, *papel moneda*, *hombre rana*, *ley seca*, *mercado negro*, *mala vida*, *alta sociedad*, etc. Frente a ellas tenemos los compuestos nominales, los cuales deben presentar algún tipo de alteración en el significante, que, según estos estudiosos, los distingue de las locuciones, se trataría, ahora, de nombres como, por ejemplo, *telaraña*, *bocamanga*, *camposanto*, *buenaventura*, *carricoche*, *agridulce*, etc. Un claro representante de esta corriente de pensamiento, en nuestro siglo y en nuestro

país, lo podemos encontrar, como ya vimos, en Julio Casares, así, en su *Introducción a la lexicografía moderna* puede leerse: «Las locuciones *arco iris, ajo pollo, casa tienda, peje palo, peje rey, peje sapo* y otras semejantes, aparecen en lo antiguo con marcada tendencia a formar compuestos, algunos ya consolidados»¹¹. Otro ejemplo «ilustre» de esta tendencia, planteada por vez primera de forma explícita en el *Crátilo*, lo tenemos en Emile Benveniste, quien considera las formaciones del tipo de las citadas *mesa de noche, máquina de coser, juguete a pilas*, etc. (locuciones en la terminología de Julio Casares) como expresiones distintas de los compuestos nominales:

Para designar estas grandes unidades y para consagrar el fenómeno específico que representan, se hace necesario un término nuevo distinto de composición (precisamente se trata de algo que no es composición), distinto también de sintagma, para dejar a sintagma su designación propia, que se aplica a no importa qué grupo aun ocasional, operado por medios sintácticos, en tanto que aquí tenemos una unidad fija, proponemos con este fin un término que parece adecuado y claro *sinapsia*, del griego *σύνάψις*, 'juntura, conexión, colección de cosas unidas'¹².

Como podemos observar, el gran lingüista francés insiste en la necesidad de distinguir en el análisis de la formación de palabras lo que supone un fenómeno sintáctico de lo que supone un fenómeno léxico. Aunque de forma mucho más elaborada se trata de la misma idea expuesta por Platón. Sin embargo, Benveniste considera al igual que Casares —y, en cierta medida al igual que Platón— que es necesario excluir a las *locuciones* o *sinapsias* (*rhêma* en el *Crátilo*) de entre los *nombres compuestos*. No obstante, como veremos enseguida, hay que señalar un aspecto que separa la visión de ambos autores, ya que Casares considera que las locuciones pueden, por un proceso de amalgamamiento, llegar a convertirse en compuestos nominales, mientras que Benveniste niega esta posibilidad; en este sentido, el planteamiento de Julio Casares está más cerca de Platón que el de Emile Benveniste, sobre el que volveremos más adelante.

En el caso del lexicógrafo español, como en el de Platón, existe una clara descompensación en el tratamiento del significante con respecto al significado. Así, para Casares, los cambios producidos en el significante de las locuciones en su proceso de aglutinación son una razón suficiente para que dejen de ser locución y se conviertan en nombre, sería el caso de la evolución *tela de araña* > *telaraña*, *vana gloria* > *vanigloria*, o los clásicos *hijo de algo* > *hidalgo*, *punto de honor* > *pundonor*. Ahora bien, lo que a nuestro juicio habría que comprobar en todos estos casos es si, en ese supuesto paso de locución a nombre, se han producido o no cambios paralelos a los sufridos en el plano de la expresión en el plano del contenido, ya que si esto no fuera así estaríamos ante las mismas unidades desde un punto de vista estrictamente semántico lingüístico, como de hecho sucede, pues desde la perspectiva semántico-sintáctica más estricta, formaciones como *casatienda*, *bocamanga*, *ajoaceite*, etc., y otras como *papel moneda*, *coche cama*, *buque escuela*, etc., son totalmente idénticas. Y exactamente lo mismo sucede con otras formaciones como, por ejemplo, *camposanto*, *mercado negro*, *mala vida* o *buenaventura*, sin que sea posible hablar de locuciones en un caso y compuestos nominales en el otro. No obstante, formaciones como *hidalgo*, *pundonor* o *abrojo* resultan más difíciles de explicar, y suele afirmarse que desde un punto de vista exclusivamente sincrónico no constituyen verdaderos compuestos, pues el hablante los identifica con palabras simples. En nuestra opinión, se hace, en estos casos, una identificación injustificada entre *sincronía* y *hablante*, —y esto no sólo sucede en los estudios sobre formación de palabras, sino también en otros dominios del análisis lingüístico. Sin embargo, no es al hablante, sino al lingüista al que corresponde describir estas unidades de la lengua; así, evidentemente, el hablante puede no reconocer, por ejemplo, al sustantivo *punto*, a la preposición *de* y al sustantivo *honor*, en la base de la palabra *pundonor*, pero no el lingüista, que ha de percatarse de este hecho y describirlo tanto sincrónica como diacrónicamente. Al mirar al cielo de noche, el común de los mortales no ve más que estrellas donde el

astrónomo observa una impresionante multitud de fenómenos diferentes.

En este sentido, hay que decir que aunque el aspecto significativo tiene que ser tomado en consideración en cualquier estudio serio sobre la formación de palabras en general y la composición nominal en particular, no debe, sin embargo, dársele nunca preferencia sobre el significado. Uno de los problemas más importantes que se repite a lo largo de la historia de la investigación sobre la creación léxica radica en esta desconexión entre significativo y significado que muestran las distintas teorías; así, se tiene en cuenta bien la expresión o bien el contenido de las distintas formaciones léxicas, pero sin estudiarlos en su mutua interdependencia. Es aquí donde pensamos que radica el defecto más importante de esta línea tradicional de la investigación sobre los compuestos nominales. Si bien, su mayor acierto ha sido el de plantear la necesidad de dejar fuera del dominio de la composición nominal cierto tipo de sintagmas más o menos lexicalizados, aunque esta hipótesis no se lleve luego hasta sus últimas consecuencias.

b) Por lo que se refiere a la segunda de estas líneas de investigación, lo primero que hay que decir es que mantiene una tesis diametralmente opuesta a la anterior, y por tanto a lo planteado por Sócrates en el *Crátilo*. Así, en la entrada composición del *Diccionario de lingüística* de J. Dubois puede leerse:

Una evolución reciente ha hecho que los lexicólogos hayan comenzado a intentar definir los procedimientos de composición. (...) En esta perspectiva, *molinillo de café*, *corredor de bolsa*, por ejemplo, pertenecerían al dominio lingüístico de la composición¹³.

Se trata de uno de los planteamientos mayoritariamente extendidos hoy en día, en particular por todas las tendencias de la gramática generativa y algunos funcionalismos. Según sus seguidores, el único criterio válido que puede tenerse en cuenta en el estudio de los compuestos afecta al significado de las formaciones y, si bien llevan a cabo una descripción exhaustiva de los aspectos concernientes al sig-

nificante de las mismas (número de sílabas, acentos, cambios fonéticos, etc.), sólo el significado es, en último término, pertinente, como, por lo demás, reconocen hoy todas las tendencias de la semántica moderna. El problema se muestra a la hora de determinar qué se entiende en cada caso por el *significado* de estas formaciones. Los seguidores de esta corriente igualan el significado de un signo a su contenido semántico-referencial, confundiendo, a nuestro juicio, dos niveles semiológicos muy distintos: el *significado* y la *designación*, es decir, el contenido estrictamente lingüístico (i.e. el significado dado en y por la *langue*) con la realidad extra lingüística a la que en cada caso señalan los signos del idioma (i.e. los sentidos de la *parole*). De este modo, la unidad semántico-referencial (es decir, la designación o el sentido unitario y consabido) que presentan formaciones como las citadas *mesa de noche*, *papel moneda*, *ley seca*, *alta sociedad*, etc. se considera razón suficiente para incluirlas entre los compuestos nominales, independientemente de que desde un punto de vista semántico-sintáctico interno al sistema de la lengua no exista diferencia alguna entre expresiones como *luna llena*, *viejo amigo*, *niño poeta*, *madre coraje*, etc., consideradas meros sintagmas nominales, y otras como *cartón piedra*, *hombre lobo*, *ley seca*, *libre cambio*, *casatienda*, *camposanto*, *buenaventura*, etc. consideradas por estos autores verdaderos compuestos nominales. Ahora bien, en nuestra opinión, el acierto más importante de estos estudios es el de haber aclarado para siempre una cuestión determinante en la investigación sobre palabras compuestas. Nos referimos a la necesidad de agrupar las formaciones de sustantivo + sustantivo como *papel moneda*, *coche cama*, o *pez martillo*, junto a otras como *casatienda*, *bocamanga* o *aguacal*, ya que, desde la perspectiva de su significado lingüístico no existe diferencia alguna entre ellas, de tal manera que no se puede hablar de locuciones para las primeras y compuestos para las segundas. En todas ellas encontramos un primer miembro sustantivo que resulta determinado por un segundo miembro también sustantivo, siendo que la categoría verbal de las formaciones resultantes es siem-

pre sustantivo como la de su elemento determinado y nuclear. Por tanto, ya sea incluyéndolas o excluyéndolas del dominio de la composición nominal, ambas formaciones habrán de clasificarse siempre dentro de un mismo tipo semántico-sintáctico; las posibles diferencias de significado entre ellas no pueden ser razón suficiente para adscribirlas a diferentes grupos. Lógicamente, lo mismo cabe decir de expresiones como *sangre azul*, *mala vida*, *mercado negro*, *camposanto*, *buenaventura*, etc., en las que encontramos un sustantivo determinado por un adjetivo y, al igual que en caso anterior, dan como resultado una unidad de categoría sustantivo como su elemento determinado y nuclear. En definitiva son formaciones constituidas sobre la base de las reglas de la sintaxis libre de nuestra lengua, a diferencia de lo que sucede con los verdaderos compuestos nominales que, como veremos, responden a reglas propias y exclusivas, distintas de las de la sintaxis libre. Un trabajo amplio y exhaustivo llevado a cabo para el español sobre la base de estos planteamientos es el reciente estudio de Eugenio de Bustos Gisbert, quien acuña para este tipo de formaciones el término de *compuestos sintagmáticos*, entre los que incluye además los de sustantivo + de + sustantivo, del tipo de *mesa de noche*¹⁴.

c) Por último, la tercera de estas líneas de investigación, que tiene a su principal impulsor en el lingüista rumano Eugenio Coseriu, mantiene, en cierta manera, posiciones comunes a las dos anteriores. Con la primera de ellas y, por tanto, con la de Platón, comparte dos cuestiones: una, el concepto de *locución* entendido como sintagma construido sobre las reglas de la sintaxis libre y que presenta unidad semántico-designativa, en palabras de Julio Casares «un sentido unitario consabido»¹⁵. La otra, la necesidad de excluir estas locuciones del dominio de la composición nominal. Recordemos las palabras de Benveniste, quien para referirse a las formaciones del tipo de *mesa de noche*, acuña el término *sinapsia*, insistiendo en considerarlas signos totalmente distintos de los verdaderos compuestos nominales, «precisamente se trata de algo que no es composición»¹⁶, o como dice Sócrates en el párrafo que comentamos y que ha dado pie a estas refle-

xiones: «Para que, en vez de locución (*rhêma*), se nos convierta en nombre».

Con la segunda comparte la aplicación del punto de vista del significado a la hora de estudiar los compuestos nominales. Pero, ahora bien, entiende el significado de forma totalmente distinta, para estos estudiosos el significado estrictamente lingüístico de un signo es el contenido dado en y por la lengua misma, y no la especial referencia extralingüística señalada en cada contexto, es decir su *designación*.

Finalmente, la originalidad de esta tendencia radica en la aplicación coherente de un criterio rector para definir el concepto de compuesto, que estando presente de manera más o menos explícita, como hemos visto, desde el *Crátilo* de Platón y a lo largo de toda la historia de la cuestión, no ha sido, sin embargo, coherente y consecuentemente aplicado hasta sus últimas consecuencias. Se trata, en definitiva, de separar claramente aquellas formaciones que se crean sobre la base de las reglas de la sintaxis libre de una lengua (sintagmas más o menos lexicalizados, pero en definitiva sintagmas), de aquellas otras formaciones de dos o más lexemas que se construyen sobre la base de reglas propias y exclusivas, internas al sistema de la lengua, para crear compuestos. Lo que el profesor Coseriu llama «reglas paramatematicas del léxico»¹⁷.

Para terminar, queremos retomar el texto de Platón y recordar que nuestra intención última ha sido la de poner de manifiesto la modernidad y la vigencia de dos cuestiones recogidas en él y relacionadas con la formación de los nombres compuestos. Como creemos haber mostrado, se trata del problema de la distinción entre sintagmas, locuciones y nombres compuestos, y de la importancia de los aspectos significantes en el tratamiento de la composición nominal, los cuales constituyen dos de los obstáculos más importantes que ha de salvar cualquier intento de investigar las palabras compuestas, y en cierta manera, ambas aparecen recogidas por Platón en el *Crátilo* cuando para intentar descifrar el problema de la exactitud de los nombres el filósofo griego lleva a cabo su, en ocasiones, fantástico y siem-

pre sutil e ingenioso, análisis etimológico. Por lo demás, estamos ante un problema absolutamente abierto y vigente en el que los lingüistas están lejos de llegar a un acuerdo, como prueban las palabras de Soleidad Varela en el último trabajo publicado hasta ahora en español sobre la formación de palabras: «es necesario buscar pautas sistemáticas, de cierta fiabilidad, que nos permitan reconocer qué se entiende por composición en español y cuándo nos encontramos, en cambio, ante un sintagma lexicalizado».¹⁸

N O T A S

- 1 Para los problemas sobre la composición nominal en la épica griega arcaica, véase BATISTA RODRÍGUEZ, José Juan: *La composición de palabras en la épica griega arcaica*. Tesis Doctoral publicada en microfichas por la Universidad de La Laguna en 1988. En este trabajo se describe con extremo detalle un extenso *corpus* donde se recogen todas las palabras compuestas y en el que puede comprobarse este fenómeno.
- 2 Cfr. PLATÓN: *Crátilo II*, Gredos, Madrid, 1987, p. 378.
- 3 Así, GROTE, G.: *Plato an other Companions of Socrates*, Londres, 1865; ROSS, D.: «The date of Plato's *Cratylus*», en *Rev. Intern. Philos.*, 9 (1955), pp. 187-196; DERBOLAV, J.: *Platons Sparchphilo sophie im «Kratylos» und in den späteren Schriften*, Darmstad, 1972.
- 4 Cfr. PLATÓN: *Diálogos II*, op. cit., p. 357.
- 5 *Ibidem*, p. 392.
- 6 Véase nota nº 3.
- 7 Cfr. PLATÓN: *Diálogos II*, pp. cit., p. 357.
- 8 *Ibidem*, p. 392.
- 9 Cfr. CASARES, J.: *Introducción a la lexicografía moderna*, Madrid, CSIC, 1992, p. 357.
- 10 Cfr. BUCK, C. D.: *Comparative Grammar of Greek and Latin*, Chicago, Chicago University Press, 1933, pp. 352- 363.
- 11 Cfr. CASARES, J.: Op. cit., pp. 172-173.
- 12 Cfr. BENVENISTE, E.: *Problemas de lingüística general II*, Madrid, siglo XXI, 1987, p. 173.
- 13 Cfr. DUBOIS, J. y otros: *Diccionario de lingüística*, Madrid, Alianza, 1979, pp. 178-179.
- 14 Véase BUSTOS GISBERT, E. de: *La composición nominal en español*: Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 1986.
- 15 Cfr. CASARES, J.: Op. cit., p. 170.

- 16 Cfr., BENVENISTE, E.: Op. cit., p. 173.
- 17 Cfr. COSERIU, E.: *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos, 1977, p. 178. Para el concepto de «paragramaticalidad» en la composición nominal, véase, en especial, COSERIU, E.: «La formación de palabras desde el punto de vista del contenido, a propósito del francés *coupe-papier*» en, *Gramática, semántica, universales*, Madrid, Gredos, 1978.
- 18 Cfr. VARELA, S.: *La formación de palabras*, Madrid, Taurus, 1993.